

AMIGOS, ESPEJOS:
UNA SOLEDAD COMPARTIDA

JUAN CUARTERO OTAL

Escogí traducir a Annemarie Schwarzenbach sobre todo por mera simpatía, como establece Thomas Mann en el segundo capítulo de *La Muerte en Venecia*. Me cayó bien desde el primer momento, especialmente porque, con su nebulosa aura de ángel caído, tuvo la suerte y el valor de arrastrar sus pasiones y sus penas durante esa época asombrosa en la que la Europa germanoparlante se había convertido en el centro de toda la modernidad y en la que fuera del mundo occidental todavía se podían vivir *verdaderas* aventuras. De hecho, Schwarzenbach sirvió como perfecto icono de esa época de entreguerras: una joven de belleza ambigua, viajera y bien educada, que vestía elegantemente con ropa de hombre y gastaba la voz ronca de una bebedora y fumadora con tendencia a todo lo excesivo. Y si lo pensamos, también como icono de los años ochenta, la época en la que a mí me tocó labrar algunos de mis gustos y en la que —no por casualidad— el público empezó a redescubrirla.

Crecida en el seno de una riquísima e influyente familia de perfil ultraconservador e inclinaciones filonazis, Schwarzenbach se fue transformando en un elemento extraño en esa constelación: reconoció la feliz utilidad de lo inútil y se dedicó a la Historia, a la Arqueología, al periodismo y a la creación literaria, descubrió el antifascismo, frecuentó ambientes muy poco recomendables con gente muy interesante, tuvo amoríos con otras mujeres y, junto con Erika y Klaus, los hijos de Thomas Mann, comenzó sus experiencias con las drogas duras. Cuando murió con solo 34 años, había publicado numerosos artículos sobre sus viajes y cinco novelas, dejaba multitud de manuscritos inéditos, se había codeado con los personajes de la vida cultural de su tiempo, había recorrido el mundo, se había enamorado muchas veces, se había casado con un amigo gay, Claude Clarac, había dejado —también muchas veces— la morfina y se había intentado suicidar en varias ocasiones... Lo esperable es sentir curiosidad por lo que había sido producto de un espíritu tan inquieto y atormentado y buscar su pasión por la vida en los entresijos de su obra literaria. Allí descubrí sus novelas de viajes, aventuras sin malos ni armas, que siempre son en realidad un *inner journey*, un viaje al interior de sí misma.

Nacida el 23 de mayo de 1908 en Zúrich, Schwarzenbach formaba parte de una familia acomodada y cultivada. Para hacernos una idea: su padre era el industrial Alfred Emil Schwarzenbach, heredero de una boyante fábrica de tejidos sintéticos que en 1928 tenía 28.000 empleados, su madre era Marie Renée

Wille, dama aficionada a la hípica y la fotografía, hija del general Ulrich Wille y emparentada con los Von Bismarck. Annemarie era la tercera de sus cinco hijos, que crecieron a la sombra de una madre autoritaria y un padre despreocupado en el ambiente cerrado de una finca familiar, el Landgut Bocken, situado junto al lago de Zúrich. Estudió Historia, Filosofía y Arte en la Universidad de la ciudad suiza, el curso 1929-30 lo pasó en París estudiando en la Sorbona y a partir de 1931 viajaba muy a menudo a Berlín. De entonces data esta primera novela de Schwarzenbach, *Los amigos de Bernhard*, una obra de juventud que autopublicó en 1931, cuando tenía 23 años, y que escribió de manera paralela a su tesis doctoral, que llevaba el prosaico título de *Aportaciones a la historia de la Alta Engadina en la Edad Media y a principios de la Edad Moderna*.

En Berlín entabló muchas amistades en los círculos más selectos en todos los sentidos: artistas, escritores, cineastas, aristócratas y bohemios. Entre todos ellos destacaron Klaus y Erika Mann, que resultaron determinantes en su trayectoria vital y como escritora. La personalidad rebelde e inconformista que desarrolló la estaba convirtiendo en la oveja negra de su familia, y asimismo la llevaba a caminar por el filo de la navaja; de hecho, sabemos por sus cartas que se inyectó morfina por vez primera en octubre de 1932, bajo los auspicios de Klaus Mann.

A lo largo de los años treinta, la autora realizó numerosos viajes que influirían profundamente en su vida y obra. Todos aportaron experiencias sustanciales para una observadora perspicaz de los acontecimientos

políticos y sociales de su tiempo, cuyos artículos aparecían en importantes revistas y periódicos. No hay que olvidar, sin embargo, que muchos de esos viajes no fueron más que una suerte de huida hacia delante —de sí misma y sus demonios, de su familia y de su entorno— a la que ella misma se refiere a veces en algunas de sus novelas.

Entre 1931 y 1933 viajó por Alemania, Suecia, Italia, Francia y España, siempre acompañada de amigos interesantes: hay fotos de Schwarzenbach visitando Gerona y Barcelona en 1933, acompañada de la famosa fotógrafa berlinesa Marianne Breslauer. Más tarde, entre 1933 y 1935 visitó repetidamente países de Oriente Medio y estuvo hasta tres veces en Persia, donde conoció al diplomático francés Claude Clarac, con el que contrajo matrimonio, y pasó etapas de luces y sombras —muchas sombras— que narra en *El valle feliz*. Visitó varias veces la Unión Soviética, donde se documentó para su biografía del montañero Lorenz Saladin, un alma gemela, otro suizo de vocación nómada. Mientras Europa entera empezaba a arder en 1939, Schwarzenbach, en compañía de otra escritora y fotógrafa suiza, Ella Maillart, siguiendo un itinerario verdaderamente arduo para ambas, llegó en coche desde Ginebra hasta Afganistán. Maillart contó todo lo que de ese viaje se podía contar en una bonita novela, *The Cruel Way* (traducida al español como *La ruta cruel*, Ed. Labor, 1954), de la que parten la desconocidísima película *Journey to Kafiristan* (2001) de los hermanos Fosco y Donatello Dubini y el mucho más apasionante documental *Ella Maillart: Double Journey* (2015)

de Mariann Lewinsky y Antonio Bigini, que rescata algunas filmaciones originales en las que se documenta su paso por Irán, Afganistán, la India y Nepal. Uno de los objetivos —no cumplidos— de este viaje era ayudar a Schwarzenbach (a la que Maillart en su novela siempre se refiere como Christina) a terminar con su adicción a las drogas. Esa ruta cruel terminó de manera intempestiva en Kabul, donde en septiembre de 1939 se separaron sus caminos: Maillart continuó su viaje y se quedó en la India y Nepal hasta 1945, estudiando la filosofía y la espiritualidad hindúes de la mano de diversos gurús; Schwarzenbach regresó a Suiza, se encontró un continente en guerra y a su familia sumida en una grave crisis económica.

Más tarde, en mayo de 1941, se marchó a los Estados Unidos acompañando a la baronesa Margot von Opel, millonaria excéntrica y esposa del dueño de la boyante fábrica de automóviles, con la que mantenía una relación. Los meses que pasó en Nueva York precipitaron en muchos sentidos el drama personal de Schwarzenbach: para poder escribir tomaba alcohol y drogas, lo que la convertía en colérica e impredecible; conoció a la escritora Carson McCullers, la autora de *El corazón es un cazador solitario*, que se enamoró perdidamente de ella pero no fue correspondida; su relación con Margot von Opel se fue haciendo insostenible hasta el punto de que intentó estrangularla en dos ocasiones. La noticia de la muerte de su padre la llevó a otra tentativa de suicidio y a un nuevo internamiento que la fue deteriorando aún más hasta que en 1941 la clínica psiquiátrica en la que había sido recluida le

dio el alta, declarándola demente y con la condición expresa de que abandonara el país. Después de un breve paso por Suiza, buscó nuevas experiencias en el Congo belga, donde trató de unirse a las Fuerzas Francesas Libres, y en Marruecos, donde se reencontró con su marido, Claude Clarac.

Resulta aún más dramático el contraste entre esa vida intensa y el accidente que le costó la vida: de regreso en Suiza, el 9 de septiembre de 1942, tuvo una grave caída con una bicicleta y perdió el conocimiento: nunca llegó a recuperarse, no podía hablar ni reconocer a nadie. A causa de las complicaciones de su ya maltrecha salud, falleció el 15 de noviembre.

*

Si bien no es una de sus obras más conocidas, *Los amigos de Bernhard* es una pieza clave en el desarrollo de Annemarie Schwarzenbach como escritora y muestra con creces su talento para crear atmósferas evocadoras y explorar temas modernos, de hecho universales, con una enorme sensibilidad. La novela fue, como he dicho, la primera publicada por la autora, escrita durante los primeros momentos de su relación con los hermanos Mann. Aunque la edición había sido sufragada por ella misma, la crítica recibió la obra con parabienes, en ese momento más por la forma que por el contenido, puesto que destaca por su estilo experimental y vanguardista. Pero no se debe pensar, ni mucho menos, que su contenido sea banal o anecdótico: se trata de un excelente ejemplo de la *Neue*

Sachlichkeit o Nueva Objetividad, corriente literaria caracterizada por su enfoque eminentemente realista y por su afán de crítica social. En este caso concreto, la autora se proponía cuestionar, de modo implícito y también explícito, algunos de los valores tradicionales de la burguesía de su época. A través de una narrativa fragmentada y con un marcado tono poético, Schwarzenbach se dedica a explorar las relaciones interpersonales, el amor y la búsqueda de una identidad propia en el contexto en constante cambio de la trayectoria de un grupo de jóvenes durante un año. Por medio de los personajes principales y de sus vidas (en ciertos sentidos) desordenadas, la obra también aborda otros temas complejos como son el advenimiento de una nueva moral y la insatisfacción existencial o el *dépaysement* en los *felices* años veinte, con el trasfondo de las dificultades de la República de Weimar, la crisis económica y el ascenso imparable del nazismo.

Un fragmento de la vida de Bernhard, talentoso estudiante de piano de 17 años que se marcha a París a continuar sus estudios, es el eje narrativo de la historia en la que se presenta a sus amigos, sus familiares y sus conocidos. Los mejores amigos de Bernhard son Gert e Ines, una pareja de novios que a veces parecen hermanos; están también Leon y Christina, una pareja de hermanos que a veces parecen novios. Todos son hijos de familias acomodadas, los primeros tratan de encajar dentro de lo posible en sus roles sociales y planes familiares, los otros dos son artistas bohemios que viven con toda despreocupación. Entre ellos se van tejiendo lazos a veces de admiración consciente,

a veces de deseo vehemente, a veces de pasión desgarrada, siempre sobre el trasfondo de las ambigüedades de género que todos encarnan y que hacen quebrarse en todos los sentidos la tradicional dicotomía entre lo masculino y lo femenino. Nos encontramos pues ante personajes protagonistas de género fluido, con sus afinidades electivas, pasiones oscuras, relaciones ambiguas, dependencias tóxicas... y que tratan de conducir lo mejor posible sus vidas, a veces sin criterio evidente, a veces sin éxito. A lo largo de estas páginas, compartimos una parte de sus crisis, indecisiones, penurias, desengaños, nostalgias y esperanzas. Pero sobre todo intuimos muchos otros hilos narrativos que simplemente han quedado sugeridos y que proyectan más sombras que luces sobre las causas y azares de todos y cada uno de los personajes.

Hay otros personajes que intervienen en la trama y van entrelazando sus vidas con las de los protagonistas: Ferdinand, un músico de prometedor futuro; Charles, un estudiante con mala cabeza; Mica, una joven caprichosa y seductora; Jolie, una chica tímida y sufrida; Alfred, un artista incipiente pero poco hábil; Gérald, un *sugar daddy* de espíritu filantrópico; un profesor de piano con fama y sin nombre; Betsy, una norteamericana con más dinero que talento, y su compañero incidental Billy; por supuesto, diversos padres y madres, profesores y tutores constantemente disgustados y preocupados por los malos pasos de los jóvenes...

Según las cartas de Schwarzenbach que se conservan, a Erika Mann, cuando leyó el manuscrito de la

novela, los protagonistas le parecieron poco reales. Y, sobre todo, en su opinión, la autora se estaba reflejando demasiado en sus propios personajes. La respuesta de Schwarzenbach a su amiga no deja lugar a dudas: «Es inevitable escribir revelándose; siempre será una manera de entregarse a los demás, y eso siempre dará lugar a falsas interpretaciones».

Esto, además de sugestivo, resulta muy evidente, ya que sin duda todos los protagonistas llevaban dentro de sí algo de la autora: *Los amigos de Bernhard* reflejaba su propia experiencia en los círculos artísticos y bohemios a los que había tenido acceso en París y Berlín. La propia Schwarzenbach decía que su *alter ego* en la novela era el personaje de Gert, lo que se observa en su indecisión y veleidades. Sin embargo, es difícil no reconocerla también fragmentada en las diferentes facetas de los otros personajes: claramente, en el joven Bernhard, un amable artista en ciernes que siempre encuentra el aprecio de los demás por sus elegantes maneras y su buena educación; asimismo en la inteligente y decidida Ines, una chica moderna que conduce un coche, adora a los perros y es una amiga entregada; en el irresistible Leon, que parece igual de inconstante que el propio Gert; o finalmente en la seductora Christina, alta y delgada, que coquetea y seduce a hombres y mujeres. También se pueden encontrar paralelos evidentes entre los hermanos Mann y Leon y Christina, bohemios, despreocupados y, por qué no decirlo, un tanto despiadados.

*